

Lectura del Documento ABC.00.01.15.
Obras Completas, Ed. Plataforma 2003, pp. 341 y ss.

¿MODA EXTRANJERA EL FASCISMO?

La Nación (Madrid), 23 de octubre de 1933

Al volver

¿Moda extranjera el fascismo?

Por José Antonio Primo de Rivera

Todos los caminos llevan a Roma y traen de Roma, siquiera sea —como el que me ha traído a mí— a costa de tres noches de viaje y cuatro cambios de tren. Largo tiempo para meditar sobre lo visto y aprendido en Roma. Así meditaba yo en el tren —lleno de esa emoción de eterna catolicidad que en Roma se respira— acerca del fascismo. El fascismo no es sólo un movimiento italiano: es un total, universal, sentido de la vida. Italia fue la primera en aplicarlo. Pero ¿no vale fuera de Italia la concepción del Estado como instrumento al servicio de una misión histórica permanente? ¿Ni la visión del trabajo y el capital como piezas integrantes del empeño nacional de la producción? ¿Ni la voluntad de disciplina y de imperio? ¿Ni la superación de las discordias de partido en una apretada, fervorosa, unanimidad nacional? ¿Quién puede decir que esas aspiraciones sólo tienen interés para los italianos?

Alguien, sin embargo, lo ha dicho. En España, por más señas. Cuando al regreso repaso los periódicos de España me encuentro con que el Sr. Gil Robles, en su primer discurso de propaganda electoral, no ha vacilado en calificar al fascismo, con desdén, de “moda extranjera”. ¿Para qué queremos modas extranjeras —ha venido a decir—, si en nuestra tradición católica tenemos la mejor clave de unidad? No necesitamos que se nos hable de la raza, ni de las grandezas del Imperio romano.

• • •

Ante todo, ¿estima el Sr. Gil Robles lo más urgente combatir a los fascistas? Frente a él se alinean, como preferentes enemigos, los marxistas y los masones, antinacionales, numerosos, fuertes, con una larga obra realizada. Los fascistas podrán estar equivocados (¡y no lo están!); pero son, sin duda, gentes llenas de amor a la patria y a sus tradiciones.. De otro lado, no es leal atacarles cuando aún no se les ha dejado hacerse oír. ¿Por qué, pues, combatirles en esta hora de unión sagrada? Pero, de combatirles, hay que hacerlo de buena fe. Personas del talento y de la autoridad del señor Gil Robles no tienen derecho a abusar de un auditorio poco informado para imbuirle falsas ideas. Y es falso presentar al fascismo como anticatólico y como antitradicional y extranjerizante.

Lo de anticatólico no es la acusación del día. La vertió en ABC, cuando yo me encontraba con el pie en el estribo, el señor Royo Villanova. En apoyo de su tesis, ¿alegaba algún texto fascista? No, sino unos cuantos textos relativos “al nacionalismo alemán”. Nadie puede con razón confundir el movimiento alemán “racista” (y, por tanto, “antiuniversal”) con el movimiento mussoliniano, que es, como Roma —como la

Roma imperial y como la Roma pontificia— universal por esencia; es decir, “católico”. A menos que el Sr. Royo Villanova (tan noble y tan simpático en sus terquedades) sea más papista que el Papa, mal puede hablar del anticatolicismo fascista después del tratado de Letrán.

• • •

Pero vamos con lo del día. El fascismo es una moda extranjera, dice el señor Gil Robles. Con nuestra tradición nos basta —añade—; no necesitamos que se nos hable de la raza, ni de las grandezas del Imperio romano. Con todos los respetos debidos: ¡cuánta superficialidad! Lo de que no se nos hable de la raza está bien: el Imperio español jamás fue racista; su inmensa gloria estuvo en incorporar a los hombres de todas las razas a una común empresa de salvación. Pero eso no lo ignora nadie. ¿Hay, acaso, racistas en España? Entonces, ¿para qué pierde el señor Gil Robles su tiempo en alancear moros inexistentes? Acerca del Imperio romano habría más que hablar. Trajano, Séneca, Marcial y tantos otros españoles que ocupan en la Historia de Roma puestos preeminentes nos dicen que el Imperio romano es tan nuestro como de Italia. Igual proclama la misión continuadora de Roma que asumió España hacia el quinientos. Pero, en fin, demos gusto por hoy al señor Gil Robles y no hablemos del Imperio romano.

Ahora bien, y esta es la cuestión: ¿por qué habla del Imperio romano Mussolini? Habla del Imperio romano porque quiere encontrar en él la vena tradicional del espíritu de Italia. Luego el fascismo es “esencialmente tradicionalista”. En Italia busca la tradición del Imperio. En España buscará la tradición de nuestro Imperio. Porque lo que hay de universal en el fascismo es esta revitalización de los pueblos todos; esta actitud de excavación enérgica en sus propias entrañas. Con espíritu fascista los italianos han encontrado a Italia. Los españoles, con el mismo espíritu, encontraremos a España. El fascismo es como una inyección que tuviera la virtud de resucitar: la inyección podría ser la misma para todos, pero cada cual resucitaría como fue.

• • •

Ahora, que sin la inyección no se resucita. Sin una actitud fascista no se puede encontrar la tradición. Porque es fascismo, llámesela como se quiera, la decisión enérgica de no seguir creyendo en la actitud de las formas liberales para el descubrimiento de las venas genuinas. Ante un Estado liberal, mero espectador policíaco, la nación se escinde en pugnas de partidos y guerra de clases. Sólo se logra la unidad fuerte y emprendedora si se pone fin a todas esas luchas con mano enérgica al servicio de un alto pensamiento y un entrañable amor. Pero esa manera fuerte y amorosa de pilotar a los pueblos se llama hoy, en todas partes, “fascismo”. Así, pues, cuando el señor Gil Robles, en contradicción consigo propio, dice que la democracia habrá de someterse o morir, que una fuerte disciplina social regirá para todos y otras bellas verdades, proclama principios “fascistas”. Podrá rechazar el nombre; pero el nombre no hace a la cosa. El Sr. Gil Robles, al hablar así, no se expresa como caudillo de un partido demócrata cristiano. Si lo fuera tendría la estéril frialdad de tales partidos, fracasados en toda Europa. Andaría revestido de esa laica palidez que sólo ve de las cosas lo externo; que sólo ve, por ejemplo, del fascismo, la organización técnica corporativa, las camisas de uno u otro color, los desfiles, las estadísticas, lo instrumental. Algunas veces ha caído en ello el señor Gil Robles; pero no en su último discurso. Éste ha sido, en gran parte, un discurso caliente, tajante... “fascista”. Yo se lo aplaudo, y estoy de acuerdo con él.

Pero, ¿por qué misterioso motivo se empeña él en decir que está en desacuerdo con nosotros?

José Antonio Primo de Rivera